

VOLVER A EMPEZAR

VÍCTOR JIMÉNEZ

Parecería imprudente, para el que se ocupe de la cultura en México, hablar contra lo que se podría llamar "autoridad de la historia": ¿cuántos discursos culturales, oficiales o no, comienzan por ampararse bajo la sombra tutelar de tal preceptora? Y sin embargo, si somos sólo un poco curiosos, advertiremos que no siempre se entiende por "historia", sobre todo en nuestro país, lo que algunos grandes historiadores de este siglo han creído que era su objeto de estudio. Es muy fácil, por ejemplo, encontrar entre nosotros una tendencia a entender por "historia" algo EMPEZAR que sólo sería veneración indistinta por el pasado... Grave confusión, ya que no se trata, en absoluto, de la misma cosa. Los historiadores que han podido establecer con claridad la diferencia eran conscientes de los riesgos que acarrea, en el terreno intelectual, semejante equívoco. Y también es posible advertir en ellos una percepción muy clara del peligro que puede representar para un país (para sus ciencias y artes, para su educación, para su economía e industria, para su posición en el mundo, para sus instituciones políticas y su misma seguridad nacional...) conceder al pasado autoridad alguna en nombre de la historia. Hablamos de historiadores, desde luego, acostumbrados a reflexionar sobre la trayectoria de países que han ocupado a lo largo de los siglos posiciones dominantes en el mundo: con un pasado brillante y una conciencia inequívoca de que las batallas relevantes por librar son aún (y serán siempre) las que encierra el futuro. Porque estos historiadores saben igualmente que en el pasado no todas las naciones pudieron ganar la última batalla.

He tenido oportunidad de citar en estas mismas páginas una anécdota que Marc Bloch gustaba de repetir: visitaba Estocolmo con Henri Pirenne (el gran historiador de las ciudades medievales), cuando éste le dijo que quería iniciar su recorrido por el nuevo edificio del ayuntamiento. Agregaba Bloch: "como si quisiera evitar mi asombro, añadió: 'Si fuera anticuario no tendría ojos más que para las cosas antiguas. Pero soy historiador. Por eso amo la vida.'" Pirenne era consciente de la suplantación más común que suele hacerse de la historia (y que más la desvirtúa): la pasión de los anticuarios. Esta sería sólo, para él, amor a la muerte... Y si reflexionamos en el México de hoy tal vez encontremos en muchos de nuestros historiadores, intelectuales y políticos una concepción de la historia que se confunde con la necrofilia.

El discurso de los anticuarios, como sabemos, puede presentarse bajo la forma de amor a la tradición, las costumbres, la religión, el idioma y otras esencias, e igualmente como cruzada por la historia misma, que sería la suma de los blasones anteriores e imagen por excelencia de la Identidad Nacional. Equivalente al Pasado (es decir, un pasado irreal, idealizado), tal Historia debería ser también maestra del futuro. Esto último preocupaba a Lucien Febvre (cofundador con Bloch de la revista *Annales*). Al dirigirse a los jóvenes historiadores de su país en la década de 1950 les decía, sin rodeos: "No aplastemos el esfuerzo humano bajo el peso esterilizador del pasado. Hay que repetir en voz alta,

historiadores —y precisamente en cuanto que historiadores— que el pasado no obliga." Agregaba, a propósito de quienes cada tanto se proponen cerrar el paso al futuro con el argumento de la historia: ésta, decía, debe "dejar de ser maestra de siervos y de perseguir un sueño mortífero en todos los sentidos de la palabra: imponer a los vivos la ley dictada, pretenciosamente, por los muertos de ayer".

Es muy común en México hoy, en las reuniones de quienes se ocupan de nuestros problemas urbanos, por ejemplo, escuchar discursos sobre todo lo que debemos recuperar de la historia en nuestras ciudades, que eran más bellas cuanto más nos remontamos hacia el pasado. ¡Ah, si la ciudad de México volviese a ser algún día como en los años mozos del orador que habla en este momento! Pero la nostalgia, desahogo que debería bastarle, no es suficiente para él: la ciudad debe volver a ese pasado. Excepto que el siguiente discurso propone, con aparente erudición y mayor exigencia, recuperar las características de la urbe no en los años cuarenta, sino en el idílico siglo xviii. ¿Qué deberían hacer las autoridades? —se preguntan los autores de estas evocaciones. Adoptar aquellos decorados como programa de acción, responden. Si no literalmente, sí con la mayor aproximación posible. La prensa cultural suele recoger con entusiasmo tales ensoñaciones, lamentando que la modernidad, esa catástrofe, haya destrozado las señales de nuestra identidad, ese Santo Grial que no habrá de aparecer jamás en los años por venir, sino buscarme en un momento indeterminado del pasado: toda la discusión radica en saber cuál es la fecha pretérita que encierra nuestro perdido tesoro.

No sólo los grandes historiadores citados eran conscientes de los peligros que encierra para una sociedad una concepción espuria de la historia; alguien como John Kenneth Galbraith, académico y consejero político de John E Kennedy --es decir, un hombre de reflexión, pero no por ello ajeno a los problemas de la acción— también se refería a esto en una entrevista reciente: "Yo nací en una comunidad escocesa, en el sur de Canadá, y siempre pensé que quien no tenía suficiente inteligencia para innovar se ponía un kilt y empezaba a tocar la gaita." En México, en cambio, cuando se habla de cultura, urbanismo o arquitectura, los que se la falda escocesa ponen y tocan la gaita (o los equivalentes en nuestro repertorio vernáculo, tan rico en la materia), saben que de esa manera tendrán la última palabra en la discusión.

En el México actual se adopta con absoluta naturalidad el rechazo a la innovación —y su acompañante habitual, el cosmopolitismo— como paradigma cultural (hay antecedentes: ya durante el periodo colonial los inquisidores incluían entre los cargos que podían llevar a un nativo a la hoguera el de ser "amigo de novedades"). No sucede lo mismo en otras partes del mundo. En Francia, ejemplo —concretamente por en París—, uno de los edificios más populares de cualquier época, según una encuesta reciente, es la pirámide de acero y cristal del Louvre, obra de un arquitecto chino norteamericano: más apreciada hoy por los parisinos que la catedral de Notre Dame. Y algo similar ha pasado en la misma ciudad con el Pompidou, obra de un inglés y un italiano. Debe mencionarse el caso del Guggenheim de Bilbao, proyecto de un norteamericano y único edificio de esa ciudad que podemos citar la mayoría de los habitantes de este planeta, que como museo ya rebasó al Prado en la cifra más alta de visitantes en un solo día. Gracias al Guggenheim, dice el presidente del gobierno vasco, "una ciudad que no contaba en el mapamundi, de buenas a

primeras, aparece vinculada a los itinerarios de la cultura y a los conceptos de modernidad y progreso".

Sociedades muy exitosas no vacilan en plantearse la necesidad de recomenzar para garantizar su inserción en el futuro, al que sólo se accede por el ejercicio de esa libertad. Porque empezar algo nuevo era, para Hannah Arendt, simplemente la definición de la libertad. En la libertad, decía, coinciden el quiero y el puedo. Si una crisis económica como la mexicana ha tenido un efecto tan desastroso ha sido porque nos ha acostumbrado al "no puedo", desde luego, pero también porque nos ha hundido en el "no quiero" cuando de pensar en el futuro se trata. Arendt, por cierto, también se ocupó de las sociedades que quedan, en algún momento, atrapadas por la imposibilidad de cambiar: "Las ciencias históricas conocen a fondo los casos de civilizaciones petrificadas y sin remedio decadentes, en las que la destrucción parece prefijada, como una necesidad biológica, y ya que esos procesos históricos de estancamiento pueden durar y arrastrarse a lo largo de siglos, incluso ocupan el mayor de los espacios en la historia registrada; los periodos de libertad siempre fueron relativamente cortos en la historia de la humanidad."

En la cita anterior está descrito el peligro que historiadores de la talla de Bloch, Pirenne y Febvre vieron con toda claridad. El pasado no es sino por excepción un lugar idílico: sólo cuando recomenzamos vivimos los hombres una Edad memorable (como el Renacimiento del siglo xv). El resto del tiempo el pasado suele ser un lugar muy ingrato, ya que cuando se produce un estancamiento sobreviene la pérdida de la libertad. Pero la posibilidad de recuperar ésta puede mantenerse viva incluso en los momentos más oscuros, como también pudo verlo Hannah Arendt: "Lo que por lo común permanece intacto en las épocas de petrificación y de ruina predestinada es la propia facultad de libertad, la capacidad cabal de empezar, lo que anima e inspira todas las actividades humanas y es la fuente oculta de producción de todas las cosas grandes y bellas."